



JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Madrigal

JULIO.—ROSALÍA

Hay un rincón maldito en el infierno desde el que, en vaga y celestial penumbra, para aumentar el sufrimiento eterno, otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno la hermosa luz de tu semblante alumbra, si es mirarse en tus ojos retratado hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II

El almezc

JULIO

I

Junto á este mismo almezc á Rosa un día hice votos de amarla eternamente. Se está oyendo en el aire todavía de mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados, esclavo de otra fe, nuevos ardores? Pasa el tiempo de amar y ser amados, mas no pasa el amor.

II

Otro día, á Rosaura encantadora al pie del mismo almezc juré lo mismo, y recuerdo que entonces, como ahora, cantaba un ruiseñor.

Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores vinieron á cantar á otra hermosura; porque se van amados y amadores, pero queda el amor.

III

Después, al pie de este árbol, he sentido, extático mirando á Rosalía, momentos de emoción, en que he perdido para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes, si no el amor, las almas que lo sienten? ¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes, uno mismo el amor!

IV

Almezc, á cuyo pie tanto he adorado; de amores, que aun vendrán, altar querido; que enciendes, recordando mi pasado, de mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama, y otro árbol nacerá de tu semilla, porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama, es eterno el amor.

V

Y cuando el mundo al fin sea extinguido y se oiga en las regiones estrelladas del orbe entero el último crujido en inmenso fragor, Dios, de nuevo la nada bendiciendo, de ella hará otros almeces y otros mundos, é irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

ESCENA III

Así!

ROSALÍA.—DANIEL

I

— Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada ¿por qué se clava con ardor en mí? ¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada! ¡No me mires así!—

II

— Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes ya no se clavan con ardor en mí; si he de vivir, mírame así... como antes...
Fíjate bien: ¡así!—

ESCENA IV

Las églogas modernas

ROSALÍA.—JULIO MONTERO.—DANIEL.—LA LUNA.

EL POETA.

I

Ya había poca luz en la montaña y era casi de noche en las honduras, viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña, bajo un monte con luz, valles á oscuras. En uno de los valles de esta sierra se halla un jardín obscuro y pintoresco que parece olvidado de la tierra; y del jardín en el rincón más fresco, un cenador formado por almeces, donde no se ve luz ni se oyen ruidos, y hay tanta paz en su interior, que, á veces, hacen en él los pájaros sus nidos. Contándose los dos esos secretos que suelen escuchar los cenadores cuando á oídos discretos se acercan unos labios habladores, están al fin de este apacible día en aquel cenador, sin luz ni ruidos, sobre un banco, Daniel y Rosalía, deshojando unas flores distraídos.

II

Hermosa nieta de su hermosa abuela,

Rosalía, entre flores confundida, sobre el banco, que el musgo aterciopela, á Daniel escuchaba embebecida cuando tenía apenas la edad en que ya corre por las venas el alma confundida con la vida. Además de ser bella, se admiraban en ella los lindos pies y las pequeñas manos, y su cutis tenía ese matiz que se llamó algún día el *bético color* por los romanos. Pasando en Avilés por gaditana, en Cádiz se decía que era prima del sol y perüana, pues siendo tan morena, Rosalía, con la tez de su abuela competía su tez de cuarterona de la Habana.

III

Nuestro Julio Montero, que á Rosalía con furor amaba, recuerda cuando Rosa le juraba que es el último amor el verdadero. Con respeto profundo cumplía como noble sus deberes, y á no encontrar morenas en el mundo sería un Escipión con las mujeres. Pero ignorando yo por qué razones á su ardoroso seno en el color moreno le enviaba Satanás mil tentaciones, fué una tras otra, y en creciente, amando tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía, las tres morenas y las tres hermosas; y por eso con honda simpatía fué en su pecho reinando la bella dinastía de las Rosas. Sólo tuvo en el mundo tres amores, ligero uno, otro grave, otro profundo; positivo y equívoco el primero; casto, ardiente y fantástico el segundo; y ultra-amante y platónico el tercero, y, según la sentencia del profeta,
— Como los hombres para amar son ciegos — halló Julio, en sus sueños de poeta, en la abuela, en la hija y en la nieta toda la gracia antigua de los griegos; y amante, á su pesar, de Rosalía, estaba tan celoso, tan celoso, que el pobre, un poco viejo, no sabía pensar en Luis catorce, que decía:
— A mi edad, mariscal, nadie es dichoso. —

IV

Era tanta la fe con que quería,
que ¡perdonad la execración, Dios mío!
el lecho de su madre quemaría,
si los viese con frío,
por calentar los pies de Rosalía.
No hay crimen ni bajeza
que no cometa un hombre, si celoso
tiene un horno encendido por cabeza;
por eso el día aquel, Julio, envidioso,
siendo más bien que un necio un insensato,
¡oh inocente candor de los sesenta!
quiere escuchar un rato
lo que Daniel á Rosalía cuenta;
y como antes ya dije que tenía
el bello cenador por ambos lados
asientos de granito desgastados,
en uno de los cuales aquel día
juntos están Daniel y Rosalía
con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con senil terneza
y era más bien demente que culpable,
poco antes, sacudiendo la cabeza
como un loco incurable,
queriendo ver y oír el miserable
lo que había en su amor de misterioso,
exaltada su ardiente fantasía
se escurrió cauteloso,
cual si fuese un reptil, bajo el asiento
en que estaban Daniel y Rosalía...
Julio en aquel momento,
siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V

Mientras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
sentados en el banco, que tenía
por la lluvia el cimientó socavado,
bajo el asiento echado,
y oculto en situación tan vergonzosa,
se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
cual de un eco lejano del pasado;
y agolpársele siente,
ya arrepentido de su mal consejo,
el rubor á la frente,
pues tarde ve que, desdichadamente,
sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,
pues cree que encima del asiento imitan
del tormentoso amor la ardiente lucha
las ramas que se agitan...
y es que para un celoso, cuando escucha,

los silencios parece que palpitan.
Mas ¿qué hacen esas almas encantadas
de corazón tan joven como ardiente?
Nonadas nada más, simples nonadas;
lo que se suele hacer naturalmente
cuando brota el amor de dos miradas;
lanzar ayes de amor que hacen un ruido
como de santa intimidad de nido;
esas cosas henchidas de placeres
que, cuando se aman hombres y mujeres,
se dicen muy cerquita y al oído,
lo que se dice en víspera de bodas,
por lo cual Rosalía hablando quedo,
murmura como todas
las que van á casarse: — ¡Tengo miedo!

VI

¡Pájaro fascinado, que aturdido
en la boca cayó de la serpiente,
ve Julio, arrepentido,
que nada oye ni ve, pues solamente,
como si fuese el aura,
la hija encantadora de Rosaura,
haciéndole cosquillas en la frente,
le roza sin querer con el vestido!
Y á aquel roce magnético, sintiendo
los celos de la carne acres y extraños,
sin poder oír nada, estuvo oyendo
diez segundos más largos que diez años;
y unos ojos abría
cual los que abre un ahogado en su agonía
en el fondo del agua;
mas ni el pie vió siquiera á Rosalía,
porque un doblez de encaje de la enagua,
como á un astro una nube, lo cubría;
y su amor maldiciendo,
echa al cielo, gimiendo,
con un resto de juicio,
la mirada de un hombre que está viendo
que en el fondo se echó de un precipicio,
en tanto que despiden á porfía
los ojos de Daniel y Rosalía
relámpagos de luz y de deseos,
al rumor de los tiernos cuchicheos
de pájaros nacidos aquel día.

VII

¡Ay! una vez que de gentil manera
dió un salto sobre el banco Rosalía
como una cervatilla en la pradera,

Julio vió que el asiento se bajaba
y al grave peso de los dos cedía...
Y al verlo, su cabello se erizaba,
y ahogándose, el aliento retenía,
y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
á resistir el peso maldecido
con el valor de un Hércules comienza,
y ya en su hueco de reptil metido
para oír á Daniel y á Rosalía,
ni pudo articular ningún sonido,
ni moverse del sitio en que yacía;
y al fin, cuando repara
que si el banco á la base mal sujeto
baja algo más le aplasta por completo,
toma de Julio la siniestra cara
un color de cabeza de esqueleto.

VIII

Julio, echando hacia arriba
la mirada de un lobo encadenado,
con temor infinito
ve que el cimientó en que el asiento estriba,
por el tiempo y la lluvia descarnado,
deja correr hasta el nivel del suelo
el banco de granito,
como si fuese un témpano de hielo;
y aunque ahora, como antes,
creen oír los amantes
en lo profundo de la sombra un ruido
parecido al rumor de unas congojas,
creyendo que habrá sido
el dulce remolino de unas hojas,
siguen quietos Daniel y Rosalía,
mientras Julio sentía
un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡oh, mil veces miserable!
¡Qué escena tan cruel parecería
si nos pintasen con su ardiente estilo
situación de dolor tan lamentable
el fiero Dante ó el poderoso Esquilo!

IX

Quejoso Julio de su suerte inicua,
tiende hacia el cielo una mirada oblicua,
y al través de la trémula enramada
ve la luna plateada
que alzándose, cual nunca placentera,

con su luz entre blanca y azulada
cree que le viene á hablar de esta manera:
— Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¿Qué suerte adversa á sostener te trajo,
vil Sísifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba, y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere: esta es la vida.
¡Asesino de Rosa,
por quien Rosaura se murió de pena,
ya ves que es esta vida una cadena
en que nace una cosa de otra cosa;
y por eso sin duda al cielo plugo
que sea en esta noche tan serena
Dios tu juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,
une el fin y el principio de tu vida.
¡Adiós! Se hunde la losa, gime y reza;
aprovecha piadoso
el último momento luminoso
que nos presta al morir naturaleza.
¡Adiós! ¡Adiós! Tu amor era un delirio.
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
llegó á la expiación por el martirio! —
Y al soñar que la luna así le hablaba,
metido en aquel lecho de Procusto,
el semblante de Julio ya tomaba
la térrea y fría palidez de un busto,
diciendo, porque á Rosa recordaba,
en vez de blasfemar: — ¡El cielo es justo! —
Y al trasponer la cima de un vallado,
la luna parecía
que recordando á Julio su pasado
— ¡La expiación!... — cruel le repetía.

X

Y en tanto que seguía indiferente
la luna su camino,
y que arriba y abajo eternamente
marchaba cada cosa á su destino,
ni sentados ni en pie, medio apoyados
para contarse el fin de algún secreto,
derriban los amantes por completo
del banco los cimientos socavados.
¡Y en el fatal momento
en que al peso insufrible del asiento
los poros de sus miembros aplastados
brotaban un sudor sanguinolento,